

La recepcionista había sido una gringa del Canal quien por desconocimiento del idioma redactó a su manera el telegrama. No fue posible comunicarse nuevamente con la isla. Con frecuencia ocurrían robos de cables eléctricos. Eso decían los gringos atribuyendo el hurto a quienes traficaban con la venta del cobre, pero lo cierto era que los buzos isleños cortaban los alambres por simple sabotaje contra los gringos invasores, pues ya los gerifaltes acantonados en la famosa Zona del Canal graznaban y amagaban dando zarpazos pues deseaban apoderarse de la isla para una nueva base militar.

Sin darle vueltas al asunto, Marino comunicó enseguida al Ejecutivo la muerte de su «progenitor» con un mensaje más alarmante aún agregándole su sal y su pimienta MI PADRE ACABA DE SUICIDARSE DISPARÁNDOSE UNA ESCOPETA EN LA BOCA DESESPERADO POR LAS OFENSAS DE LA PRENSA ENEMIGA Y LA CARENCIA DE APOYO PARTIDISTA. MAMÁ EN COMA PIDE SER SEPULTADA CON PAPÁ.

En esa misma forma envió la noticia a los periódicos.

A pesar de que ya el Ejecutivo le había pedido la renuncia a Marino, llovieron condolencias, actos de desagravio, muestras de simpatía, adhesiones y mil demostraciones de pesar.

De manera oficial quedó resuelto que en consideración al patriotismo de quien en vida se llamó Ceferino (Chinino) Olaya los gastos del sepelio se harían por cuenta del Estado.

Un ataúd carísimo, una banda de músicos, muchas coronas fúnebres viajaron en un vapor expreso que conducía además a varios miembros del Gabinete y tres curas que iban a celebrar misa cantada, siguiendo tras el féretro con pompas fúnebres de palio, cruz alta y réquiem. Talavera llevaba a su pesar las condenencias presidenciales para Cris y el resto de los deudos.

El Izabal llegó a la rada exuberante de pésames y flores.

En la playa esperaban a Marino, enlutados, sus familiares, sus correligionarios y sus amigos. El vaporcito siguió avanzando a media marcha hasta quedar muy próximo a la orilla. Se distinguían los rostros de las personas agrupadas, el Ñopo Juan, Hipólito, las tres Marías, Cairote, Papa Chente, Mingo Ceballos y, carajo, ¿quién demonios es ése que sostiene del brazo a Cristobalina? ¿No es el muerto? ¡Qué vaina! ¡Ese es Chinino! ¡Trágame tierra! ¡Me jodieron!

Entre la gente aglomerada en la playa se encontraba, en efecto, nada menos que el padre de Marino. Sí, señores, el muerto Mírenlo. Es él. Vivito y coleando.

Marino que acababa de hacer grandes esfuerzos para que le salieran algunas lágrimas, quedó como alelado.

Celmiro Talavera y los ministros, con justa indignación, opinaron que era una nueva bufonada. Todo mentira, una gran farsa.

Marino no sabía dónde meterse ¡Qué enorme fiasco! Inútilmente trataba de explicar a sus cofrades lo que ni él mismo comprendía.

Las pangas se acercaron a El Izabal.

—Por lo pronto, los señores, creo que lo más prudente es desembarcar. Ya veremos qué es lo que ha sucedido. Veo que en esta isla hasta los muertos joden la pita. —Marino, al decir esto, hizo el intento de descender pero no pudo. Como tenía ambos brazos entablillados tuvieron que ayudarlo.

El desembarco en la playa resultó deprimente, desconcertante. Marino se echó en brazos de Chinino llorando, ahora sí, de emoción.

—¿Qué pendejada es ésa? —dijo éste, apartándolo indignado.

Al verse repelido, Marino demostró su extrañeza:

El telegrama decía: Murió Chinino ¿No eres tú?

Chinino Olaya se enfrentó con su esposa:

—Cris, te he dicho mil veces que no sigas llamándome Chinino.

La otra se echó a llorar desconsolada.

El Alcalde se sintió condolido y, dirigiéndose a Cris, le dijo:

—Lo siento por tu hermano.

Marino estaba en ascuas. Nino Olaya explicó:

—Chinino Barcia, el hijo de Papa Chente, se disparó en la boca una escopeta. Tenemos que enterrarlo. Es tu pariente por ser hermano carnal de tu mamá. Mírala. Cris está aún muy débil. Por poquito se muere. No podía mear. Anda, consuélala y abraza a Papa Chente.

Marino Olaya sintióse muy feliz de que el muerto fuera otro y no su...

—Señores —dijo—, honremos la memoria de mi adorado tío Ceferino Barcia. En homenaje a él, la caja, los licores, las coronas y todo lo demás servirá para hacerle él buen entierro que él como ilustre ciudadano se merecía. Querido Papa Chente, un abrazo. Mi más sentido pésame.

Los chicos que cargaban las maletas y los pangueros sonreían maliciosos pues sabían que **el ilustre ciudadano** no era otra cosa que un borrachín demente.

Mientras desembarcaban el féretro, las ofrendas florales y el resto de la carga, Talavera deliberó en la playa con los otros ministros.

La luz del sol hacia cabrillas sobre el mar. No soplaba ni la menor pizca de brisa. Las vestiduras negras sofocaban a los confusos deudos que no sabían a qué atenerse ni cómo defenderse del calor y del tedio.

En ese instante, don Plácido Ladera llegó á la playa sudoroso, se acercó a Papa Chente y le dijo Leila se esta muriendo debido a la hemorragia. No queda otro recurso que llevarla enseguida a la ciudad aprovechando el viaje de El Izabal. Se trata de una emergencia.

Celmiro Talavera estuvo anuente.

—Tráiganla sin demora.

—Tenemos que embarcarla en camilla. Venga conmigo, Papa Chente. No hay tiempo que perder.

Ambos subieron cuesta arriba nerviosos.

Talavera se aproximó a Marino y en tono circunspecto manifestó:

—Puestos de acuerdo, los ministros y yo hemos resuelto cuál debe ser el **modus operandi**. No olvides que a pesar de tus mil barrabasadas hicimos lo posible por salvar el prestigio del Gobierno y evitar su bancarrota total, Esta última bufonada no tiene nombre. No te ha importado usar en tu provecho la vida de tus progenitores. Tampoco creas que me he tragado la mentira de que no era la Nori quien estaba desnuda en el retrete. Con todo y eso puse mi firma en el infolio oficial con el infundio de que caíste en plan heroico por salvar a una dama en riesgo de muerte. Comprende que no lo hice por ti sino por el asunto de los ferrocarriles. El Gabinete entero

estuvo dispuesto a .renunciar como muestra de desagravio a mi persona. Tú no tienes componte, hijo de puta. Primero te valiste del malestar de Cris y, ahora, esta nueva farsa ya es algo intolerable. Hemos resuelto volver a la ciudad. Te resulta muy fácil decir el muerto al hoyo y al vivo el bollo. Allá tú, pero este muerto no vamos a cargarlo nosotros. No sufriremos tus antojos ni esas disposiciones arbitrarias que acabas de expresar en gesto muy enaltecedor pero de inútil despilfarro. El Estado no tiene por qué pagar las cuentas de sepelio de un borrachín como Chinino. No nos importa un pito que sea pariente tuyo. Llóralo tú y paga los gastos de su entierro. Es preferible que vayas preparando tu renuncia para cuando regreses a la ciudad.

Ladera, Papa Chente y varios hombres traían a Leila en parihuelas.

—¿Y Felipe? —quiso indagar Marino sólo por distraer la tensión.

—Está iracundo —dijo Mingo Ceballos—. No se ha dejado ver desde que supo...

Papa Chente lo interrumpió furioso:

—¡Que se vaya al carajo! Felipe es el mayor responsable de que mi nieta esté en peligro de muerte.

Con el mayor esmero colocaron a Leila en una panga. Ladera y Papa Chente se embarcaron en otra que la llevó a remolque.

Talavera y los distintos ministros ya iban rumbo al vapor.

El director de la banda y varios músicos se aproximaron a Marino.

—¿Nos quedamos o qué?

—Si he de pagarles, mejor váyanse.

—Los curas se han quedado por respeto al difunto —dijo Cris.

—Pero la paga corre por cuenta del ministro Marino —aclaró uno de ellos.

—¡Ah, no, carajo. Mejor lárquense todos!

Los párrocos se fueron embarcando más que de prisa.

Mientras Marino y Cris iban subiendo hacia el pueblo escucharon primero la sirena, después la campanilla y finalmente el ruido de motores de El Izabal en marcha.

Marino iba pensando, el féretro lo pagaré con nóminas de dos o tres empleados cesantes cuyos sueldos siguen corriendo por descuido, las coronas las cargaré a la tumba de algún prócer o a sus distintos monumentos en sus aniversarios o en el día de la patria, el whisky lo conseguí libre de impuesto y además será fácil incluirlo en la cuenta de mis viáticos como Ministro de Fomento. También puedo vender esas cajas ganándome el cincuenta por ciento. Con relación a mi renuncia, Talavera se quedará esperando. Ya los veré sobándome los huevos tanto él como los otros. Son todos una jungla de adulones. ¿Qué tal, mamá? Menos mal que mi tata no fue el muerte. ¿Qué se hizo?

Fue buscar a unos hombres para que hoy mismo le quiten esas vendas al monumento y le den brillo a la estatua. También fue a darle aviso al padre Brito. Dice que no se llama Nino Olaya si hoy o mañana no se inaugura el monumento a Pizarro.

## VII

### La quintaesencia del marinismo

Para Chinino no hubo misa cantada ni cruz alta. Siendo el muerto un suicida, el padre Brito se negó a concederle oficios sacros.

Como Leila seguía muy grave en la ciudad, Papa Chente y ladera no pudieron asistir al sepelio.

Aunque tenía ambos brazos entablillados incluyendo las manos y los dedos, Marino pronunció en el cementerio una sentida pero breve oración fúnebre en la cual hizo gala de una nutrida porción de frases hechas enumerando las buenas cualidades del difunto como hijo y padre, como buen ciudadano y como digno defensor de la iglesia.

Sudando bajo un sol refulgente, deudos y amigos fueron abandonando el cementerio.

Nino Olaya se aproximó a Marino para exigirle que inaugurara el monumento a Pizarro.

Tal como estaba, Marino no se sentía con ánimos. Prefería posponerlo, pero Mingo Ceballos, que como Secretario del Concejo se había encargado de los trámites, dijo que todo estaba listo.

En la antigua placita repleta de personas, una sábana cubría el monumento. Mingo Ceballos sentíase ya dispuesto a tirar del hilo en el momento oportuno y ayudar al Ministro, pues, enyesado como estaba, podía ocurrir que no pudiera develizarlo.

Rodeada de las Damas Católicas, la Nena, sofocada, se abanicaba.

Dirigidos por la maestra Josefita del Vasto, los alumnos graduandos, situados en el atrio, entonaron la marcha triunfal de Aída con letra de Serafín

del Carmen en memoria de Francisco Pizarro. Hipólito prestaba su concurso con sonora y bien entonada voz de barítono.

Sin hacerse notar, Felipe y Cándida charlaban en la torre.

—No molestes, Felipe. Ten cuidado. Si mueves el badajo, puede oírse el sonido de la campana.

Por turnos y a su debido tiempo declamaron poemas heroicos Marucha Vela y Micaela Camargo. En sus voces de briosas solteras, los caballos de los conquistadores avanzaron al ritmo de los claros clarines rubenianos.

Debidamente aleccionados por Pipe, de modo subrepticio sus amigos habían logrado socavar la grotesca solemnidad del acto mediante una artimaña en la que actuaron doce de sus compinches haciendo circular de mano en mano las fotos de Chompipe ataviado con el lujoso atuendo de la estatua.

Bajo el sol meridiano, sudoroso e incómodo por la molestia de sus dos brazos enyesados, Marino improvisó su discurso que satisfizo al Ñopo pues habló de la gloriosa gesta hispánica y de la Madre Patria. Acto seguido, develó el monumento con la oportuna cooperación del secretario de la Alcaldía, Mingo Ceballos.

Mientras el padre Brito, hisopo en mano, latinizaba y salpicaba de agua bendita al bronce, fue haciendo notorio cierto rumor insólito que misteriosamente circulaba como en tono de burla.

Por ser de bronce ennegrecido, la estatua se parecía a la foto de Chompipe disfrazado de Felipe el Hermoso.

Josefita del Vasto y, sus alumnos entonaba el Himno, pero algo salía mal. Distorsionadas por el tono sarcástico que paulatinamente iba adquiriendo la ceremonia, sus notas no alcanzaban la victoria pues el campo feliz de la unión se había deshecho.

Besada de sorpresa por Felipe, Cándida, en ese instante movió el badajo bruscamente e hizo sonar de golpe la campana.

Todos miraron hacia arriba. ¿Se trataba de algún raro milagro en homenaje a don Francisco Pizarro o el bronce había doblado por el suplicio de Atahualpa?

Antes de que subiera algún curioso a averiguar el prodigio provocando un bochinche. Felipe se asomó y a todo grito profirió un sorprendente anuncio.

—El Izabal, embanderado, acaba de entrar a la bahía. Trae mucha gente. Debe tratarse de algo muy importante, porque hoy no le tocaba venir. Varias personas suben de prisa hacia este lado.

Con ansia y gestos parecidos a los de su papel de centurión, Cairote, sudoroso, llegó corriendo hasta la plaza y antes de aproximarse al monumento dio a voz en cuello la más inesperada noticia:

—El Presidente sufrió un colapso y acaba de morir. La Corte y los ministros vienen a darle posesión de su alto cargo a Marino Olaya, que es Primer Designado. ¡Un hurra por el nuevo Presidente de la República!

Felipe echó a volar las campanas.

Los vítores al nuevo Mandatario se confundían con el alegre repique y con la euforia de los alumnos entusiastas.

Quienes estaban en la plaza pugnaban tratando de acercarse y abrazar a Marino.

Como él, acompañado del párroco y la Nena, se dirigía ya calle abajo hacia su casa, la comitiva lo seguía, vitoreándolo y cantando alegremente una tuna.

Los miembros de la Corte Suprema y Talavera que llegó acompañado de ministros y de copartidarios dieron sus parabienes a Marino. La residencia del ilustre hombre público quedó repleta de entusiastas con ansias de chupar y tragar en homenaje al perínclito hijo de la isla.

Por fortuna las tres cajas de whisky que Marino había llevado para el velorio de Chinino seguían intactas.

La casa ardía de tragos, adulaciones, plácemes.

El nuevo Presidente tomaría posesión de su alto cargo en la ciudad. Sólo una comisión de la Corte había llegado para comunicarle el acuerdo y, las diversas disposiciones tomadas al respecto.

Siendo usual la renuncia de los ministros, éstos, casi de mutuo acuerdo, no se apartaban del gran hombre, adulándolo.

Durante toda la mañana Marino no había tenido un solo momento de reposo lo cual unida al torrencial caudal de tragos libados entre un brindis y otro le había irritado la vejiga de tal modo que, si seguía aguantando las ganas de orinar, tendría Ladera que aplicarle el sistema de las famosas barbas de maíz.

Debido a que la casa estaba llena de gente, era difícil llegar hasta el retrete, pues medio mundo lo quería saludar y abrazar.

La única solución fue recluirse en la espaciosa recámara de Cris, pero a pesar de la premura con que trató de hacerlo, Celmiro Talavera y los ministros se colaron con él.

¿Qué remedio quedaba?

—Cierren con llave —dijo.

Todos a una ejecutaron la orden, segurísimos de que Marino iba a decirles que, convencido de sus buenos servicios, no iba a aceptarles la renuncia.

—Lo siento mucho —dijo—, pero estoy orinándome. Debajo de esta cama tiene mamá su bacinilla. Sáquenla por favor.

Sin perder un instante, Talavera ejecutó la orden y, añingotado como estaba, se la acercó a Marino quien no podía valerse de sus manos por estar enyesadas.

—Permíteme ayudarte, Marino —dijo oficioso.

Desabrochó uno a uno los botones de la bragueta, sacó el ilustre pene y, mientras uno de los ministros sostenía el recipiente, Célmiro se ufanaba con el grueso canuto de su Excelencia. Inflamada la uretra debido a la excesiva retención de la orina, dejaba apenas secretar esporádicos y tímidos chisguetes pero después, gracias a Dios, dejó fluir un chorro copioso y espumante que apaciguó los ánimos y salpicó en los labios a Celmiro quien, terminada la insigne operación, imprimió al sacro miembro los tres golpes reglamentarios. Todos rieron y festejaron la maniobra. No contento con eso, Talavera sacó de su bolsillo un pañuelo y, cariñosamente, enjugó el húmedo glande.

—Has ensuciado tu pañuelo de gala —dijo Marino.

—Lo guardaré como preciada reliquia —repuso Talavera—. Son sólo unas gotitas de tu más pura esencia, la quintaesencia del marinismo.

Esa noche en el brumoso duermevela de Cándida una absurda amalgama de pesadillas mezclaba lúbricas imágenes con lúcidos recuerdos confundiendo en rara ósmosis lo obsceno y lo sagrado; luz, color y sonidos; deseo, culpa y castigo. Rojos afluentes plañideros se unían en un violento río de sangre en el que los caballos de los conquistadores piafaban relinchando. La voz decapitada de inocentes indígenas clamaba su venganza contra el crimen y la infame rapiña. Leila, Chinino y Atahualpa sangraban. Fabulosos vampiros se nutrían plenamente salpicando sagrarios, altares e imágenes. Marino hacía el elogio de las glorias hispanas, de las ínclitas razas ibéricas que el paso acompañan al ritmo de los timbaleros. Con el debajo erecto, Felipe tocaba las campanas y hacía revolotear a los murciélagos mientras Vicente Barcia cantaba a voz en cuello la pasión de Jesús y el Ñopo Juan brindaba con Hipólito vociferando me cago en Dios y en la Santísima Virgen.